

LA CLASE MONSTER

LA ORQUÍDEA DE LOS TIEMPOS

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS ■ DIBUJOS DE ÓSCAR JULVE



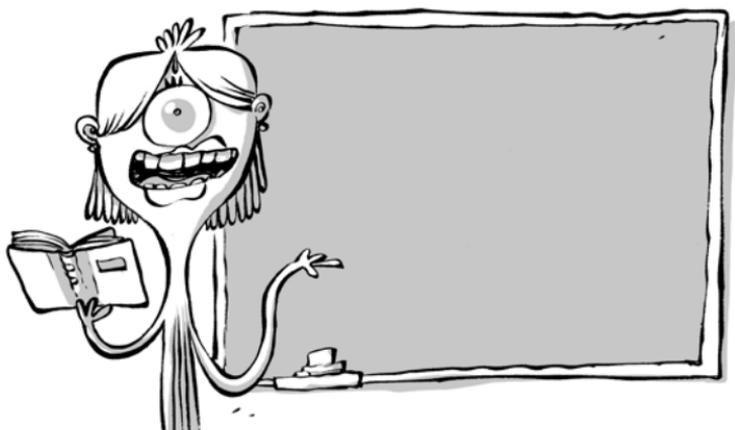
2ª EDICIÓN

Una orquídea tallada

La primera clase de los lunes es la de Historia. En la clase Monst-3.º B se consideran afortunados porque la imparte doña Isabel, una profesora agradable pero firme, con un solo ojo de color turquesa situado en el centro de su frente. Podría haberles tocado en suerte don Moquiar, el jefe del departamento, y eso habría sido sin duda mucho peor. El señor Moquiar era un profesor muy duro, quizá el más duro de todo el colegio, y cuanto más pudieran evitarlo, mejor que mejor. El único de la clase que no estaba satisfecho era Jappo, pero, claro, él era sobrino de Moquiar y

sabía que su tío le habría aprobado con la máxima nota sin necesidad de que se esforzase.

Ese día, nada más entrar en el aula, doña Isabel notó algo extraño, y no era una ventosidad de Leopoldo, sino la ubicación de Jimmy, que se había cambiado de sitio y había ido a sentarse en el rincón más alejado, él solo.



—¿Qué haces ahí, Jimmy?

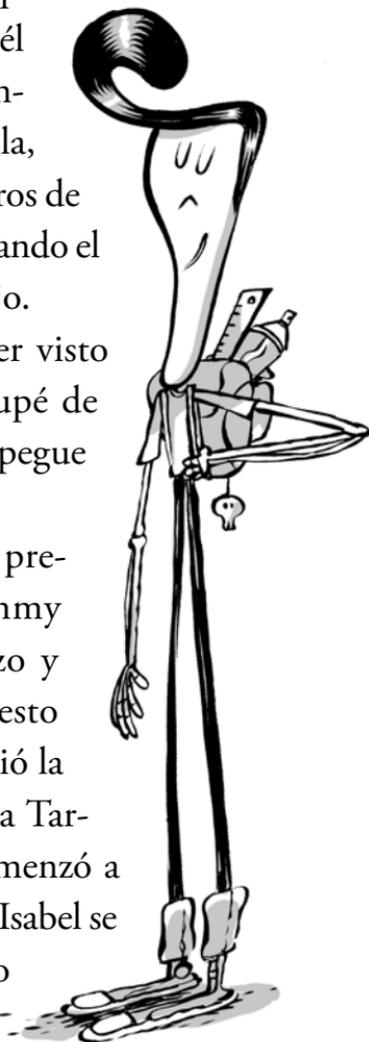
Jimmy el Guapo en realidad se llama Jaime, pero le gusta más lo de «Jimmy» porque dice que así se siente más internacional. Y lo de «Guapo», aparte de su madre y su abuela, no hay constancia de que se lo haya dicho nunca nadie. Él cree que todas las chicas se mueren por sus huesos. Es alto, delgado y, como bien dice, no tiene un gramo de grasa.

—Vamos, que estoy estupendo —suele decir de sí mismo—. Tengo un cuerpo atlético.

Lo cierto es que está en los huesos, nunca mejor dicho. Y el otro rasgo que más llama la atención sobre él es su tupé estilo años cincuenta. Siempre lleva en la mochila, junto con su carpeta y los libros de texto, un bote de laca para cuando el tupé comienza a venirse abajo.

Hay quien asegura haber visto algún piojo utilizando el tupé de Jimmy como rampa de despegue para lanzarse en parapente.

Por toda respuesta a la pregunta de su profesora, Jimmy el Guapo extendió su brazo y señaló hacia el rincón opuesto de la clase. Doña Isabel siguió la dirección de su dedo y vio a Tarsio, que, para disimular, comenzó a silbar y mirar al techo. Doña Isabel se fijó entonces en un pequeño bulto peludo que había a los pies de Tarsio.



—¿Qué hace ese bicho aquí? —exclamó.

El bulto peludo soltó un ladrido y empezó a gruñir, pero Tarsio enseguida se agachó para sujetarlo.



—Tranquilo, Nosperratu, tran-

quilo. Doña Isabel no

ha querido ofender-

te —dijo con voz de

arrullo, pero luego se

irguió de nuevo para

clavar su mirada en

la profesora—: ¿Cómo

se le ocurre decirle eso? ¡No

puede llamarlo «bicho»! Nosperratu tiene

pedigrí, perteneció a la nobleza de Rumanía. No

es ningún bicho.

—Lo que sea —insistió la profesora—. No puedes traértelo a clase.

—Es que no podía dejarlo solo. Llegó ayer y todavía no se ha acostumbrado a su nueva casa. Si lo dejo solo, igual le da por escaparse.

—¿Cómo que llegó ayer? —quiso saber doña Isabel.

—Es una larga historia, profe. Si quiere usted, se la cuento, pero mire que es larga.

—Deja, deja. Lo único que importa es que no puede estar aquí.

—Por favor, doña Isabel. Solo hoy. Hasta que se acostumbre a su nuevo hogar.

Ante eso, Jimmy levantó el brazo, haciendo gestos ostensibles para atraer la atención de la profesora.

—¿Qué te ocurre a ti, Jimmy?

—¡Es un perro, un comehuesos! En cuanto pueda se me lanzará encima.

—No, Jimmy —terció Tarsio—. Te lo he dicho antes: Nosperratu no tiene el menor interés en tus huesos. Es un perro de alta alcurnia. Posee un gusto exquisito para la comida... —Jimmy torció el gesto y Tarsio intentó corregirse—: No quiero decir que tus huesos no sean un bocado delicioso...

—¡Mis huesos no son comida!

—¡Está bien, está bien! —dijo doña Isabel, poniendo orden—. Será la única y última vez que te lo traigas al colegio, Tarsio. Y serás el responsable de cualquier accidente que pueda causar ese perro tuyo. Y vigilarás especialmente que no se acerque a Jimmy.

—Sí, señora. Puede confiar en mí. —Tarsio es el chico que nunca falta en una clase de Pri-

maria: el gamberro, el gracioso, el que siempre anda planificando travesuras y aventuras. Tiene un gran corazón, aunque a veces es fácil dudar de ello. A cambio, tiene las orejas pequeñas, diminutas y puntiagudas. La cara redonda y achatada, de la que sobresale una nariz

grande que le cuelga hasta teparle la boca, un rasgo que Tarsio suele aprovechar para hablar sin que nadie sepa que es él quien lo hace, pues es capaz de imitar la voz de cualquiera solo con haberla



oído un par de veces. Sus ojos son grandes y alargados, pero alargados hacia arriba, parecen gotas de agua, o lágrimas, pero, claro, gotas de agua o lágrimas muy grandes.

Ah, para sus travesuras, Tarsio cuenta con una ventaja incomparable: puede mimetizarse, como los camaleones. Puede cambiar el color de su piel a voluntad, incluso si va vestido. Le han prohibido hacerlo dentro del recinto del colegio, pero no escarmienta. Y, claro, no es

fácil que lo pillen, porque, simplemente, no lo ven. Si se pone delante de un cuadro colgado en la pared, muy cerca, nadie se fija en él porque parece formar parte del cuadro. Si se coloca delante del muro del patio en el que hay varios grafitis pintados, lo mismo. Si se acerca al seto de arbustos que rodea el edificio principal del colegio, también.

—Más te vale —sentenció Doña Isabel—. Bien, vamos a empezar de una vez con la clase. Ah, antes de que se me olvide: una tarea para mañana. Tenéis que traer cada uno un objeto antiguo que tengáis por casa, lo que sea. Seguro que todos tenéis montones de cosas que ni siquiera sabéis para qué sirven ni cómo funcionan. Buscad entre todo eso lo que os parezca más viejo y lo traéis, ¿de acuerdo?

Telmo levantó enseguida la mano:

—Yo tengo un fósil de erizo de mar de hace varios millones de años.

—Muy bien, Telmo. Tráelo mañana y lo veremos.

Amber fue la siguiente en levantar la mano:

—Yo tengo en mi habitación un póster de *Star Wars. La guerra de las galaxias*.

Doña Isabel resopló y le contestó, con voz suave:

–Bueno, Amber, no es que eso sea muy antiguo que digamos.

–Sí, profesora, sí que lo es. ¡Esa película tiene casi tantos años como usted!

Doña Isabel se puso roja y, para disimularlo, se dio la vuelta hacia la pizarra para que no la vieran. Cuando volvió a girarse hacia sus alumnos, era Jimmy el que ahora tenía su mano derecha levantada.

–¿Sí, Jimmy?

–Doña Isabel, ¿puedo traer a mi abuelo?

–¿A tu abuelo? Tu abuelo... ¿para qué?

–Porque es lo más viejo que tengo, profe.

Doña Isabel puso el ojo en blanco y contó hasta diez para calmarse. No funcionó, así que repitió la cuenta, y al final siguió contando hasta trescientos cuarenta y siete. Luego dijo:

–No, Jimmy, no puedes traerte a tu abuelo. He dicho «cosas», «objetos». No podéis traer nada que esté vivo. ¿Entendido?

Por respuesta, Nosperratu soltó un ladrido que les heló a todos la sangre.